

ANTONIO ALATORRE

Los 1 001 años de la lengua española

Tercera edición, algo corregida y muy añadida



SECCIÓN DE OBRAS DE LENGUA Y ESTUDIOS LITERARIOS

LOS 1001 AÑOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

ANTONIO ALATORRE

LOS 1001 AÑOS
DE LA LENGUA ESPAÑOLA

*Tercera edición, algo corregida
y muy añadida*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1979
Segunda edición, 1989
Tercera edición, 2002
Décima reimpresión, 2018

[Primera edición en libro electrónico, 2013]

Alatorre, Antonio

Los 1001 años de la lengua española / Antonio Alatorre. — 3ª ed. —
México: FCE, 2002

416 p. ; 23 × 16 cm — (Colec. Lengua y Estudios Literarios)

ISBN 978-968-16-6678-1

I. Español – Historia I. Ser. II. t.

LC PQ7297 .A42 L67

Dewey 460.9 A323m

D. R. © 1979, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-6678-1 (rústico)

ISBN 978-607-16-1361-5 (electrónico-epub)

ISBN 978-607-16-4528-9 (electrónico-pdf)

Hecho en México • *Made in Mexico*

PRÓLOGO

EN ESTE LIBRO que el lector tiene abierto ante los ojos he querido hacer *una* historia de la lengua española; contar, a mi manera, el acontecer de un fenómeno que a mí me interesa mucho. Al escribirlo, he pensado en lectores interesados asimismo en el tema. Con ellos he estado dialogando en mi interior, y a ellos me dirijo. Para ellos escribo estos párrafos preliminares, que son una simple y llana invitación a que sigan leyendo. Pueden creerme si les digo que no va a costarles trabajo la lectura. No voy a ponerme pesado ni a portarme exigente con ellos. Lo único que les pido, lo único que presupongo, es un poco de interés por eso que a mí, según he confesado, me interesa mucho: la historia de la lengua española, la historia de “nuestra lengua”, como la llamo a menudo en el curso del libro. Pues, en efecto, además de concebir lectores interesados en el tema, les he atribuido como razón central de su interés la más simple de todas, la más límpida, la menos tortuosa: he imaginado que el español es su lengua materna. Aparte de tales o cuales razones complementarias, la razón central de mi propio interés es ésta. El español es la lengua en que fui criado, la de mi familia y mi pueblo, la de los muchos libros y revistas que leí en mi infancia (yo me hice lector a los cuatro años). El español es una lengua que me gusta. Y ese gusto, exactamente ése, es el que he supuesto en mis imaginarios lectores. Pero si alguno de ellos, careciendo de *esa* razón, se interesa en la historia del español por ser, digamos, uno de los idiomas importantes del mundo, le pido por favor que no se sienta excluido. También a él me dirijo. Proceda de donde proceda, un poco de interés, un poco de curiosidad es suficiente.

Como todo acontecer humano, el de la lengua española a través del tiempo puede ser contado de muy diversas maneras. Las historias que de ella existen —porque existen varias, algunas de ellas excelentes— coinciden por fuerza en infinidad de puntos. Todas tienen que dedicar

algún espacio a la lengua latina, y no digamos al proceso mediante el cual el latín fue convirtiéndose en otra cosa (corrompiéndose, aplebeyándose, empobreciéndose, según el modo de ver de algunos) hasta que un buen día dejó simplemente de ser latín. Todas tienen que hablar de los visigodos, y de los árabes, y de los extraños pueblos con que Cristóbal Colón se topó, por pura casualidad, en 1492. Ninguna puede escarsearse de mencionar, en su momento, el *Cantar de mio Cid*, y el *Quijote*, y las *Soledades* de Góngora, y los versos modernistas de Rubén Darío. Todas deberán decir, por fuerza, que de Cervantes para acá la lengua ha ido cambiando (echándose a perder, extranjerizándose, empobreciéndose, según algunos). Finalmente, como la historia tiene siempre algo de *magistra*, de maestra, todas las historias de nuestra lengua tratan de enseñar, y pueden funcionar como manuales didácticos en los lugares en que se necesite esa “asignatura”. Pero al lado de estas y otras mil coincidencias, hay también las muchas discrepancias: unas historias son más exhaustivas que otras, más técnicas o más minuciosas; unas le piden al lector más conocimientos previos que otras; y no todas subrayan lo mismo, no todas eligen como dignos de contarse los mismos hechos, ni interpretan unos mismos hechos de manera uniforme.

La manera como *esta* historia está contada ya la irá viendo el lector. Pero hay un par de cosas que quiero decirle aquí. Esta historia es, en más de un sentido, la menos académica que se ha escrito. No hay bibliografía en las notas de pie de página, ni la menor huella del llamado “aparato crítico”, ni más abreviaturas que las usuales en la lengua. Es la menos técnica, la menos profesional. Pondré un ejemplo. Existe una entidad fonética, llamada *yod*, de la cual se sirven los lingüistas para explicar un número impresionante de transformaciones sufridas por las palabras en su “tránsito” del latín al español, de manera que en todas las historias de la lengua —y con mayor razón en las gramáticas históricas— el fenómeno de la *yod* aparece y reaparece en distintos párrafos, y aun en páginas enteras. Pues bien, yo me las he arreglado para no mencionarla siquiera (salvo en este momento). De ninguna manera estoy insinuando que los tecnicismos —sonorización, ensordecimiento, palatalización, asibilación, rehilamiento y tantos otros— sean inútiles:

lo que digo es que mi libro, a pesar de ser yo vagamente “profesor” de lengua española, no está dirigido a los profesionales. No sólo no tengo datos científicos nuevos que enseñarles a ellos, sino que he evitado lo más posible el lenguaje técnico que ellos emplean. Escribo para la gente. El lector que ha estado en mi imaginación es el “lector general”, el no especializado.

También le quiero decir que, a diferencia de otras historias, la mía no dedica un capítulo por separado al español de América, a manera de complemento o de apéndice. La falta no se debe ciertamente a que la materia me parezca secundaria y desdeñable, sino a todo lo contrario. Somos americanos la inmensa mayoría de los hablantes de español. El “español de América” no tiene por qué ser tratado aparte. El posesivo *nuestra* de “nuestra lengua” nos engloba a todos por igual. Tan hispanohablante es el nacido en Almazán, provincia de Soria, como el nacido en Autlán, estado de Jalisco. Muy escondida, muy disfrazada a veces, pero muy tenaz, existe en muchos españoles y en no pocos hispanoamericanos la idea de que el español de América es, en alguna forma, menos bueno, menos correcto, menos “legítimo” que el de España. En mi libro no encontrará el lector ningún apoyo para semejante idea, que me es ajena por completo.

En cuanto al título, *Los 1 001 años de la lengua española*, no hay mucho que decir. Desde luego, es imposible dar una fecha precisa para el nacimiento del español (o de cualquier otra lengua). Lo evidente es que el romance castellano del siglo XII estaba ya muy lejos del latín coloquial del siglo VIII. Los primeros documentos que muestran palabras españolas no tienen fecha; Menéndez Pidal los creía escritos en la segunda mitad del siglo X (o sea hacia el año 975); ahora se piensa más bien que son de la primera mitad del XI; pero, como en homenaje al maestro, los primeros mil años de nuestra lengua se han celebrado en los alrededores de 1975. Así, pues, podemos decir arbitrariamente que la lengua española nació en la segunda mitad del siglo X, a medio camino entre el VIII y el XII, y que su acta de nacimiento se escribió en 975. Ahora bien, un acta de nacimiento supone una criatura viva. Puesto que esas palabras se escribieron, es claro que vivían ya en boca de la gente. En 1975 nuestra lengua no tenía 1 000 años de edad, sino 1 000 y pico, un

pico expresado por la unidad de la cifra “1 001”. Como cuando, en vez de decir que un niño tiene tres años cumplidos, se dice que tiene tres entrados a cuatro, bien podemos decir que nuestra lengua tiene 1 000 años entrados a 2 000. La cifra “1 001” es simbólica. Además, es difícil decir “1 001” sin pensar en *Las 1 001 noches*, ese producto colectivo de un pueblo que se distinguió, entre todos los que contribuyeron a la hechura de nuestra lengua, por su inventiva y su fantasía. El ingrediente esencial de *Las 1 001 noches* es la magia. Y, bien visto, ¿no tiene algo de mágico la historia de una lengua?

Me sería imposible enumerar los libros y artículos sobre historia de nuestra lengua cuya lectura me ha instruido y alimentado a lo largo de muchos años. Pero es justo mencionar a los autores que más me ayudaron durante los cinco atareados meses de 1979 en que escribí el presente libro: Ramón Menéndez Pidal (sobre todo por sus *Orígenes del español*, 4ª ed., Madrid, 1956, y su *Manual de gramática histórica española*, 6ª ed., Madrid, 1941), William J. Entwistle (*The Spanish Language, together with Portuguese, Catalan and Basque*, Londres, 1936), Rafael Lapesa (*Historia de la lengua española*, 7ª ed., Madrid, 1968), Jaime Oliver Asín (*Historia de la lengua española*, 6ª ed., Madrid, 1941), Robert K. Spaulding (*How Spanish Grew*, Berkeley y Los Ángeles, 1943) y Juan Corominas (*Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid/Berna, 1954-1957). De estos libros, el que más le recomiendo al lector deseoso de avanzar es, sin ningún titubeo, el de Rafael Lapesa, muy equilibrado y completo, y lleno de jugosas indicaciones bibliográficas. (Hay una 9ª edición, muy aumentada, de 1981.)

Pero el hombre que más me ha enseñado a mí es Raimundo Lida (1908-1979), de quien fui discípulo en México (él lo fue a su vez de Amado Alonso en Buenos Aires, y Amado Alonso lo fue de Ramón Menéndez Pidal en Madrid). Entre muchas otras cosas, de él me viene la convicción profunda de que el estudio verdadero de la literatura no puede destrabarse del estudio de la lengua, y viceversa. Estudiar en sus clases la historia de la lengua en los siglos XII y XIII era lo mismo que enseñarse a amar el *Cantar de mio Cid* y los poemas de Gonzalo de Berceo. Las páginas que siguen están, por eso, dedicadas a su memoria.

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

ESTE LIBRO SE PUBLICÓ, en una primera versión, a fines de 1979. Lo escribí por encargo, no de una institución académica, sino de la señora Beatrice Trueblood, experta en el arte de “producir” libros de lujo, la cual, habiendo sabido que por esos años se estaba conmemorando en España el milenario de nuestra lengua, concibió la idea de dedicar uno de los productos de su taller a ese tema, y me pidió que escribiera el texto y los comentarios o *captions* a los centenares de ilustraciones que forzosamente iba a tener el libro. Ella, por su parte, se encargó de reunir las ilustraciones y de disponer todos los primores de un libro que tenía que ser lujoso, además de que fue ella quien consiguió que el señor Manuel Espinosa Yglesias, uno de los magnates de la banca, cubriera los gastos. La primera edición fue, pues, propiedad de Bancomer, y Bancomer la distribuyó entre sus clientes más adinerados como regalo de Navidad de 1979. En el contrato, firmado en abril, se estipulaba que el libro quedaría completamente listo en noviembre. Puede parecer poco cuerdo haber aceptado esta condición, que tan estrecho plazo me dejaba, pero la acepté, primero, porque me sentí capaz de contar de corrido, a mi manera, la historia de mi lengua (y muy alegre por la oportunidad que se me brindaba), y segundo, porque andaba necesitado de dinero.

Mientras lo iba escribiendo, a marchas forzadas, pero gozosas, no dejaba de pensar que el libro-bibelot bien podría convertirse en libro-libro. Y al libro-libro no le iban a hacer falta los centenares de ilustraciones, muchas de ellas muy vistosas: ¿para qué otra vez una foto de la Alhambra, para qué otra vez el retrato de sor Juana Inés de la Cruz? Desgraciadamente, no fue fácil la tarea de integrar en el texto las cosas que decía en forma de comentario a una ilustración. Por eso pasaron diez años antes de que, tras mucho proponérmelo, apareciera en 1989 la verdadera primera edición.

Pues bien, unos diez años han pasado asimismo desde que me propuse hacer una segunda edición. Muy pronto, en efecto, vi que había necesidad de corregir ciertos párrafos. Comencé a hallar aquí y allá algún error, alguna redundancia, alguna falta de claridad, hasta alguna errata. Y hubo lectores que me ayudaron, como un estudiante que, fijándose en las fechas que yo daba para don Juan Manuel, me preguntó si de veras ese señor había vivido 110 años. En la primera oportunidad, al reimprimirse el libro, corregí la fecha de nacimiento: no 1238, sino 1283. ¡Qué dignos de agradecimiento son los lectores que se fijan en eso (y se lo dicen a uno)! En otras reimpresiones introduje enmiendas sencillas, pero no me atreví a hacer cambios más complejos para no alterar la composición tipográfica. Esto es lo que por fin hago ahora: una “segunda edición algo corregida y muy aumentada”.

El concepto de “libro-libro” va trabado con el de “lector-lector”. El libro-biblot, se diría que por accidente, tuvo algunos lectores; pero estoy convencido de que el grueso de la edición (15 000 ejemplares, a los que hubo que añadir otros 5 000 a comienzos de 1980) no tuvo lectores, sino sólo hojeadores. Por cierto que un manual universitario como la *Historia de la lengua española* de Rafael Lapesa, que no tiene nada de biblot, tampoco es un libro-libro, y quienes lo estudian o consultan para cumplir con los requisitos de un curso universitario tampoco son propiamente lectores-lectores.

Siempre tuve el deseo de que el presente libro anduviera en manos de lectores comunes y corrientes. Este deseo quedó ampliamente satisfecho. Si ya la edición de 1979, pese a su carácter, mereció algunas menciones elogiosas en periódicos y revistas de la ciudad de México, la de 1989 tuvo reseñadores y comentaristas que dijeron sobre el libro mucho más de lo que yo hubiera podido soñar. Los 4 000 ejemplares se agotaron muy pronto y comenzó la serie de reimpresiones (la novena es de 2001).

Confieso que, además del deseo de ser leído por la gente, tuve siempre, durante los cinco meses de 1979, este otro: que los expertos en materias en que yo disto de serlo (digamos las lenguas prerromanas, o la España visigótica, o las delicadísimas cuestiones a que me enfrento en

el capítulo vi) leyeran también el libro y, habiendo captado y aceptado su intención —que no es otra que la de contar y explicar *bien* diez siglos de historia, decir las cosas como fueron, de la manera más sencilla posible—, me sugirieran cambios, retoques, precisiones, adiciones. Por eso hice que la edición lujosa llegara a manos de algunos expertos y a la redacción de publicaciones técnicas, como la *Revista de Filología Española*. Los resultados fueron decepcionantes. Hubo sólo dos reseñas, muy anodinas las dos. La que apareció en *Estudios*, revista española publicada por los frailes de la Merced, es brevísima y convencional, y la de la revista italiana *Cultura Neolatina*, algo más extensa, se limita a resumir a grandes rasgos el contenido, y aplaude el hecho de que una institución bancaria de México haya mostrado tal interés por la cultura —lo cual no es muy exacto: al señor Espinosa Yglesias le importaba sólo lucirse ante la clientela de Bancomer con un señorial regalo de Navidad; el tema no le importaba.

En respuesta al envío de la edición lujosa me llegaron también tres cartas: Denah Lida pescó un disparate: el adjetivo *mavromatianí*, en la canción judeoespañola “Morenica a mí me llaman”, no viene del turco, como yo atolondradamente decía, sino del griego. Rafael Lapesa me escribió una carta muy cordial (4 de abril de 1980): lamenta no haber recibido el libro un poco antes, para “tenerlo en cuenta” en la 8ª edición de su *Historia*, que acababa de imprimirse; pero “lo aprovecharé en la 9ª, que según esperan los editores, saldrá en 1981”. (Creo, sin embargo, que no lo aprovechó para nada.) La mejor de las tres cartas es la de Eugenio Asensio, que me hizo observaciones muy finas, de las que calan hondo, y me obligó a repensar ciertas cosas, no sólo las apuntadas por él. (Varias ideas que yo tenía necesitaban ser repensadas, y el *repensar* puede ser operación más lenta que el pensar.) La respuesta de Asensio vale por todas las que no hubo en España. Y debo añadir que, por razones que no hace falta exponer, la reacción española era la que más me importaba.

En cambio, de los Estados Unidos me llegó una reacción inesperada y gratísima: en julio de 1985 recibí de los profesores Robert Russell (de Darmouth) y Robert Blake (de Rochester) una carta conjunta en que

me pedían autorización para sacar copias xerográficas del ejemplar que por acaso les había caído en las manos, pues les venía de perlas para sus “necesidades pedagógicas”. Reventando de satisfacción, inmediatamente les dije que sí.

La edición de 1989, la primera “auténtica”, era lo que hacía falta para satisfacer mi tenaz deseo de conocer la opinión de la gente y, sobre todo, la de los colegas del gremio filológico. El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica, coeditores del libro, me pidieron una lista de 50 personas o instituciones a las cuales me gustaría enviarlo. Los primeros de la lista fueron los profesores Russell y Blake, no por ganas de saber su opinión, pues ya la conocía, sino porque se lo merecían. Los dos se pusieron felices: ¡adiós la lata de sacar una y otra vez las engorrosas copias xerox de la edición de lujo! Sé que en algunos *Departments of Spanish* de universidades norteamericanas está resultando útil el libro, por lo general (según creo) como introducción o invitación al estudio profundo, científico, enteramente lingüístico. No sé si en México está sucediendo lo mismo. Lo que ha sucedido es otra cosa, enormemente satisfactoria para mí: en 1998 El Colegio de México y la Secretaría de Educación Pública hicieron una reimpresión de 30 000 ejemplares fuera de comercio, como parte de la “Biblioteca para la Actualización del Maestro”, destinada a los profesores de segunda enseñanza, no para invitarlos a meterse en honduras lingüísticas, sino simplemente para darles información.

En la lista de los 50 ejemplares puse sobre todo títulos y direcciones de revistas especializadas en cuestiones de lengua y literatura españolas. Pero ni la *Revista de Filología Española* (Madrid), ni la *Hispanic Review* (Filadelfia), ni el *Bulletin of Hispanic Studies* (Liverpool), ni el *Anuario de Letras* (México), ni *Thesaurus* (Bogotá), ni *Filología* (Buenos Aires), para poner unos ejemplos, se dignaron reseñar el libro. Hubo sólo cuatro reseñas. La de *Hispania*, órgano de la asociación de profesores de español y portugués en los Estados Unidos, es ejemplo típico de las que suelen hacerse para “salir del paso”: el reseñador hojea el libro, se detiene aquí o allá, toma dos o tres apuntes, y listo. El de *Hispania* elogia la manera como se cuenta la historia, pero hace dos cu-

riosas críticas: que a don Benito Pérez Galdós lo menciono muy pocas veces, y que “sor Juana no figura *ni siquiera* en el índice”, cuando la verdad es que sí figura, seguido de dieciséis referencias, una de ellas al comienzo mismo del libro. (¡Qué manera de leer!) Muy distinta de ésta es la reseña aparecida en el *Bulletin Hispanique*, órgano de los hispanistas franceses, breve pero sustanciosa. Su autor, Bernard Pottier, capta muy bien —y lo dice con palabras muy halagadoras— el carácter y la intención del libro. (El juicio de Pottier, lingüista riguroso, contrasta con el que, según supe, emitió otro lingüista: que lo que Alatorre había hecho era “cosa de risa”.) Los otros dos reseñadores me favorecieron con observaciones utilísimas. Helmut Berschin, en *Iberoamericana* (de Alemania), me señaló varios errorcillos y, comentando mis explicaciones sobre la pronunciación medieval (“*oso* y *rosa* no se pronunciaban con la *s* actual...”, etc.), me preguntó por qué no me animaba a emplear signos fonéticos. Y José Luis Moure, en el *Journal of Hispanic Philology* (de los Estados Unidos), aunque sin emitir juicio alguno sobre lo que hay de historia lingüística en los capítulos “medievales” (que son su campo de especialización), me hizo dos buenas observaciones, sobre la fecha de las famosas Glosas y sobre mi maurofilia (excesiva según él; pero la simpatía que les tengo a los árabes españoles la tengo también por los judíos), y, para los tres capítulos dedicados a *El apogeo del castellano*, donde tomo un rumbo bastante personal y no muy canónico, tuvo un comentario inesperado: “Es precisamente este derrotero heterodoxo el que debemos agradecer...”, etc. (En 1996 el Fondo de Cultura Económica puso en circulación, dentro de su serie Fondo 2000, un minilibro intitulado *El apogeo del castellano*, que no es sino el segundo de esos tres capítulos, y, para mi sorpresa, ha tenido bastantes compradores. Se ha reeditado en México y en Madrid.)

La edición de 1989 mereció también no pocas reacciones epistolares muy alentadoras, varias de ellas con observaciones y sugerencias interesantes, que mucho agradezco. De todas he hecho caso, menos de dos: emplear signos fonéticos (sería, creo yo, un estorbo para el lector común y corriente, que sigue siendo el destinatario por excelencia del libro) y añadir un índice de *palabras* comentadas (creo que no tendría

caso alfabetizar el gran número de cultismos, arcaísmos, arabismos, italianismos, galicismos, anglicismos, americanismos, etc., que se arraciman en distintos lugares del libro: basta señalar esos racimos en el índice de materias). En tal caso, también habría que registrar en orden alfabético los fonemas o *sonidos*: pronunciación de *b*, de *v*, de *g*, *j* y *x*, de *h*..., etc. He preferido englobar esto en el índice bajo el rótulo “pronunciación”.

En mi prólogo a la edición de 1979, como garantía de que el libro estaba hecho para el lector-lector, alardeaba de que no había en él “una sola nota de pie de página”. En el prólogo de la edición de 1989 esto se transformó así: “No hay bibliografía en las notas de pie de página”. En efecto, metí notas en varios lugares. Y es que soy aficionadísimo a ellas. Al escribirlas me siento en mi elemento, y creo que son útiles. Permiten, entre otras cosas, ver casos concretos de un fenómeno general, como cuando, en una caminata por el campo, se hace una pausa para ver despacio algo del paisaje. Las notas son pequeños *excursos* a lo largo del *curso* o recorrido del texto. Caben ampliaciones, reflexiones, noticias significativas. Por ejemplo, no pude menos que mencionar, a propósito de los arabismos, el inventario del ajuar de una infanta de Castilla en el siglo XIV (nota de la p. 102).

Mi bibliografía sigue consistiendo en las siete obras que mencioné ya en la edición de 1979 (último párrafo de la “Conclusión”). Entre tanto han aparecido otras historias de la lengua, como la de Thomas A. Lathrop (*The Evolution of Spanish*, Newark, 1980), la de Melvin C. Resnick (*Introducción a la historia de la lengua española*, Washington, 1982), la de María del Carmen Candau de Cevallos (*Historia de la lengua española*, Potomac, 1985), la de Ralph Penny, *A History of Spanish Language* (Cambridge, 1991) y la de Paul M. Lloyd (*From Latin to Spanish*, Filadelfia, 1987), que es, con mucho, la más seria. Pero no las he aprovechado. En cambio, he sacado partido de gran cantidad de artículos y pasajes de libros que me han caído en las manos a lo largo del tiempo. Cuando en 1989 leí el artículo de Colin Renfrew sobre las ramificaciones del indoeuropeo, era ya demasiado tarde para utilizarlo. Mis ideas sobre el asunto eran muy superficiales, y Renfrew me daba noticias muy

concretas y muy actualizadas, que han pasado a la presente edición, naturalmente en forma resumida; entrar en detalles sería alterar la economía del relato, pero no aprovechar ese artículo sería una lástima. Lo aproveché, pues, sin olvidar que el objeto de *Los 1 001 años de la lengua española* es contar un cuento, y la parte indoeuropea del cuento es muy animada, además de que la antiquísima fragmentación de esa lengua prepara de alguna manera al lector para los dramas de la fragmentación del latín en el imperio romano tardío, la del iberorromance en la Edad Media y la del castellano en los tiempos modernos. De fuentes como ésta proceden casi todas las ampliaciones. Pero si me pusiera a explicar caso por caso de dónde vienen mis noticias o mis ideas, el libro quedaría empedrado de referencias bibliográficas, dándole un aspecto “erudito” (que es justamente lo que he querido evitar).

I. LA FAMILIA INDOEUROPEA

CONOZCO A UN CABALLERO llamado Guillermo Ramírez España, descendiente de cierta Josefa Ramírez, nacida hacia 1645. El señor Ramírez España tiene noticias fidedignas no sólo acerca de la descendencia de esa Josefa Ramírez (hermana, por cierto, de Juana Ramírez, llamada luego sor Juana Inés de la Cruz), sino también acerca de los ascendientes: la madre, Isabel Ramírez, y el abuelo, Pedro Ramírez, y sabe que el padre de este último se llamaba Diego Ramírez. Su árbol genealógico cubre, así, algo más de cuatro siglos. Yo, en cambio, no tengo noticias ni de uno solo de mis bisabuelos. Mi árbol genealógico es pequeñito. Y el del señor Ramírez España se queda chico en comparación con árboles genealógicos de mil años o más. Claro que los individuos capaces de exhibir una historia continua de su familia a lo largo de tanto tiempo son relativamente raros. Pues bien, eso que es raro en la historia de los individuos es, en cambio, frecuentísimo en la de las instituciones sociales: el derecho, las religiones, las costumbres, las artes, todo lo que solemos llamar fenómenos culturales. Y de estos fenómenos, los que tienen la más larga historia continua son las lenguas del mundo. (Hay pueblos con poca historia externa y “visible”, pero no los hay sin una lengua perfectamente acorde con su cultura, y que constituye, así, su historia íntima y profunda.)

Esta continuidad es la esencia misma del lenguaje. Tomemos la palabra *rosa*. Viene directamente del latín, pero la palabra latina *rosa* tiene que ser continuación o descendencia de otra, y los lingüistas se han ocupado de encontrarle un antepasado. Disponen para ello de un método comparativo muy refinado y rigurosamente científico. Han comparado el nombre latino de la rosa con el que tenía en las distintas lenguas de la vasta zona euroasiática donde se originaron las rosas, por ejemplo *rhodon* en griego y *gul* en persa, y han podido “reconstruir” una raíz,

wrod-, de donde tienen que haber procedido las tres distintas palabras. Pero el origen de *wrod-* es desconocido.

Muy distinta de la historia de *rosa* es la de muchísimas palabras que empleamos todos los días, por ejemplo *más*, *maestro*, *tamaño*, *mayor*, *majestad*, *mayo* y *matar*. Vienen de las palabras latinas *magis*, *magister*, (*tam*) *magnus*, *maior*, *maiestas*, *maius* y *mactare*. La idea básica de todas ellas es ‘grande’ o ‘más grande’, o bien ‘grandeza’, preeminencia, incluso en *maius* (el mes de mayo se llamó así en honor de Maia, suprema diosa de la vida en la religión itálica) y en *mactare* (que era sacrificar víctimas en honor de los dioses inmortales). Todo lo cual lleva, sin sombra de duda, a una raíz común, que podría ser MAG(H)-, pero que es más bien MEG(H)-. De esta raíz proceden muchas otras palabras de distintas lenguas, por ejemplo el griego *megas* ‘grande’ (presente en *megaterio*, *megalomanía*, *megatón*, etc.) y el sánscrito *maha*, también ‘grande’ (y presente en *Mahabharata* ‘la gran historia’, ‘la epopeya’). A lo largo del tiempo, la raíz MEG(H)- produjo, pues, *megas* en una lengua, *maha* en otra y *magnus* en otra. En la misma situación que MEG(H)- está REG-, de la cual brotaron ramas en muchas lenguas: latín *rex* (*reg-s*) ‘rey’, *regere* ‘regir’, (*di*)*rectum* ‘derecho’, (*cor*)*rectum* ‘corregido’, etc., germánico *reg-to* (de donde inglés *right* ‘derecho’), latín *regula* ‘regla’, germánico *rig-yo* (de donde alemán *Reich* ‘reino’), fránico *riki* ‘rico’, sánscrito *raja* ‘rey’.

Conocida es la palabra *maharajah*, que puede parecer pintoresca, pero que en la India es (o ha sido hasta hace poco) respetable en sumo grado. En ella se junta un descendiente de MEG(H)- (*maha*) con un descendiente de REG- (*raja*). Cuando en el siglo XIX comenzaron los hispanohablantes a leer cosas sobre la India (viajes, novelas, etc.), se toparon naturalmente con la palabra, y naturalmente la hispanizaron y la utilizaron, y así se dice “vivir como un *marajá*”, o sea en la más desenfadada opulencia. Tal vez sea muy tarde para sugerir una hispanización más adecuada: *majarraya* (*maha raja* = *magnus rex*).

Las raíces MEG(H)- y REG- pertenecen a un idioma viejísimo, anterior al invento de la escritura, y que a pesar de ello es ahora extraordinariamente bien conocido. Me refiero, por supuesto, al indoeuropeo. Nuestra lengua madre, el latín, no fue sino uno de los muchos pimpollos del in-

doeuropeo. Una de las más brillantes hazañas de la lingüística, llevada a cabo a lo largo de más de dos siglos, ha sido la reconstrucción minuciosa (hasta en detalles ínfimos) de ese idioma que no se escribió nunca; varias generaciones de lingüistas lo han sacado a la luz desde las tinieblas de la prehistoria.*

Los primeros indoeuropeístas, alemanes sobre todo, creían que el indoeuropeo había nacido en la porción germánica de Europa (entre el Mar del Norte, el Báltico y los Alpes), y esto propició el mito de los “arios”, superhombres rubios y ojiazules que llevaron su cultura hasta la India, mito que les vino de perlas a los nazis, inventores de la swástica —o, según el mito, “devolvedores” de ese signo de buena suerte de los templos hindúes a su lugar de origen. (En sánscrito, *svástika* significa ‘buena suerte’).** La primera teoría seria, fundada en ciertos hallazgos arqueológicos, situó la cuna del indoeuropeo entre el Mar Negro y las llanuras del Volga y el Ural. Ahora parece que esta teoría va a quedar suplantada por otra también seria, también arqueológicamente documentada, según la cual el indoeuropeo (o protoindoeuropeo) tuvo su origen en el territorio que se extiende desde el sur del Mar Negro hasta el Cáucaso y las fuentes del Eufrates, o sea la porción oriental de la península Anatolia o Asia Menor. Fue en esta fértil región donde por primera vez hubo agricultura, divino invento que marcó el final de milenios de existencia nómada. Los anatolios fueron ya un pueblo sedentario: a lo largo del año sembraban sus campos, los cosechaban y almacenaban el grano. Los excedentes de la producción se tradujeron en

* Una consecuencia inesperada de la ocupación de la India por los ingleses fue el descubrimiento de la relación del sánscrito (el idioma sagrado de la India) con varias lenguas europeas. El descubridor, sir William Jones (1786), dedujo que estas lenguas eran hijas del sánscrito. Pero después de no mucho se averiguó que el sánscrito no era lengua madre, sino una de varias lenguas hermanas (el griego, el latín, etcétera).

** Excepto quizá algunos neonazis, todo el mundo rechaza ahora semejante mito. En Alemania, sin embargo, por la fuerza de la costumbre la designación común del indoeuropeo es *indogermánico*. El maravilloso diccionario etimológico (1959) de Julius Pokorny, que contiene el vocabulario de derivación indoeuropea de todas las lenguas en que existe, se llama *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*. — Por cierto que lo he aprovechado mucho, como también dos artículos publicados en el *Scientific American*: el de Colin Renfrew (octubre de 1989) y el de Thomas V. Garmkrelidze y V. V. Ivanov (marzo de 1990).

riqueza y en expansión geográfica. Junto con su invento, los anatolios difundieron sus maneras de llamar las cosas; o bien, simultáneamente, a medida que adoptaban la agricultura, los pueblos comarcanos iban aprendiendo cómo se decía ‘sembrar’, ‘uncir los bueyes’, etc. (tal como nosotros, al adoptar el fax, automáticamente añadimos a nuestro vocabulario español la palabra *fax*). Las designaciones del trigo, la cebada, el lino, la manzana, la vid, el encino y el sauce, el caballo y el buey (y el yugo y la rueda) tienen que haberse difundido con gran rapidez. Y, como todo está trabado, muy pronto se añadieron voces relativas a otros aspectos culturales de la sociedad anatolia o hitita (sus quehaceres, su organización social, sus creencias).

El nacimiento de la agricultura, cinco o quizá seis milenios antes de Cristo, queda así firmemente vinculado con el nacimiento de las lenguas indoeuropeas. El invento de los anatolios, junto con su lengua, se expandió por un lado a Persia y la India y por otro a los países mediterráneos. (Irónicamente, a los pueblos germánicos les llegó la gran revolución bastante tarde: hacia el segundo o tercer milenio antes de Cristo.) Hay que añadir que los hallazgos arqueológicos hechos en el Cercano Oriente (y aun en Tocarria, el actual Turkestán) han confirmado la solidez de la teoría anatolia.

Bien podríamos, pues, identificar el anatolio con el protoindoeuropeo. Pero hay que tener en cuenta las contaminaciones, transformaciones y fragmentaciones que inmediatamente deben de haber comenzado. Por lo pronto, han podido delimitarse cuatro ramales primigenios:

1. *anatolio*. Su variedad más conocida es el hitita. Dueños de toda la Anatolia hacia el año 1400 a.C., los hititas parecen haber sido los primeros en *escribir* una lengua indoeuropea (escritura cuneiforme en tabletas de la “biblioteca” de Hattusas). Pero el hitita y otras lenguas afines del Asia Menor, como el licio y el lidio, no vivieron mucho tiempo.

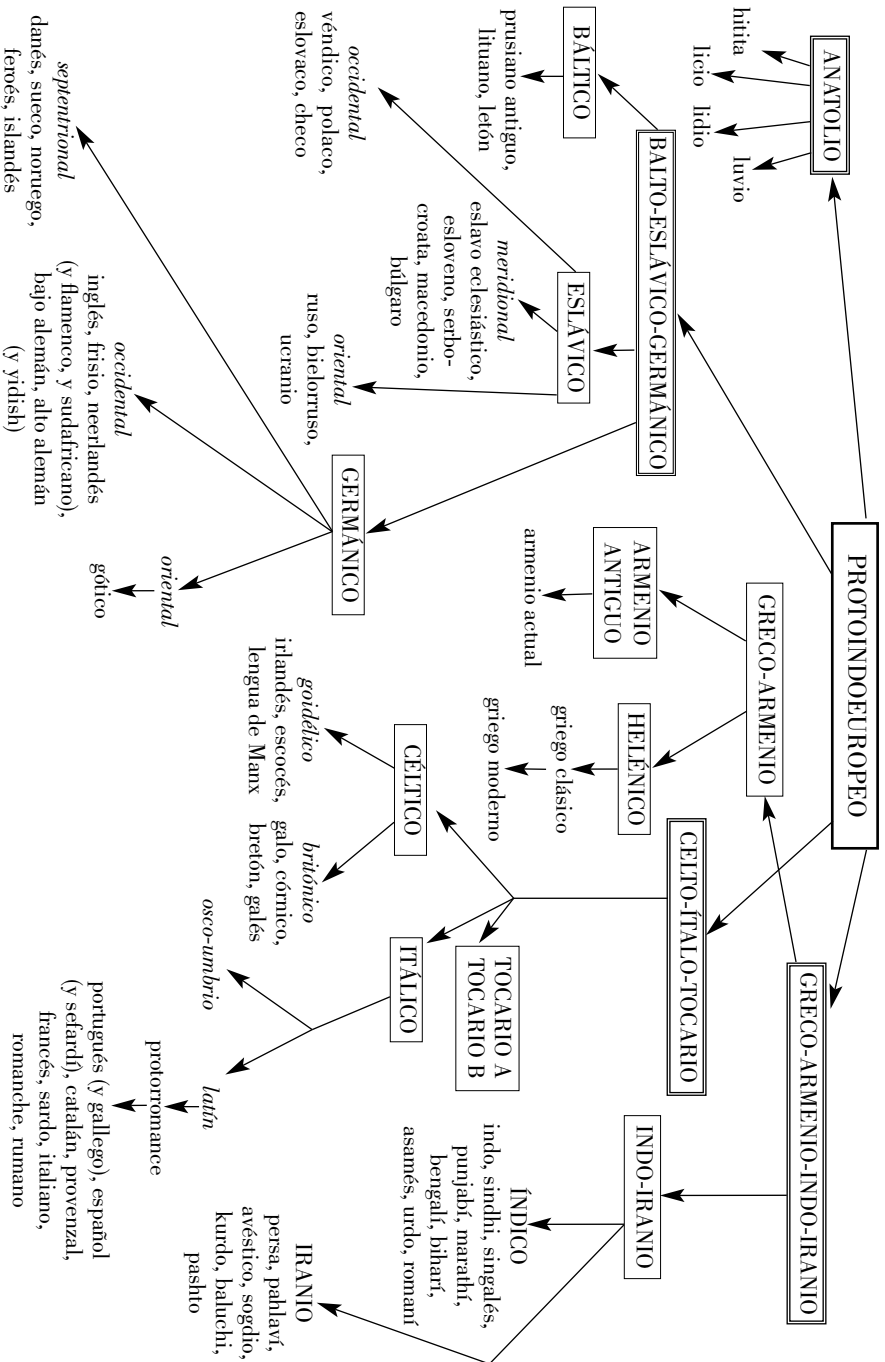
2. *greco-armenio-indo-iranio*. Fue éste el primer ramal que salió de los límites de Anatolia; ya en el tercer milenio antes de Cristo se había escindido en dos: el greco-armenio y el indo-iranio. Entre las lenguas índicas hay una que no vive en la India, sino que vaga por el mundo: es el romaní, el idioma de los gitanos.

3. *celto-italo-tocario*. Los tocarios, que se separaron muy pronto de los celto-italos, avanzaron hacia oriente, donde su lengua se extinguió relativamente pronto a causa de la presión de la familia fino-ugria, pero dejó como recuerdo unas pocas inscripciones en lo que es hoy el Turkestán chino. Los celto-italos se mantuvieron como un solo grupo durante algún tiempo y, bordeando el mar Caspio, se derramaron por Europa en sucesivas oleadas desde finales del tercer milenio antes de Cristo.

4. *balto-eslavo-germánico*. El germánico fue el que se separó primero; la escisión entre el báltico y el eslávico fue más tardía.

La tabla “genealógica” adjunta, muy simplificada y esquemática, muestra la prole de las cuatro familias-madres y marca el parentesco, a veces muy cercano, a veces lejanísimo, existente entre gran número de lenguas europeas, algunas muertas hace milenios, como las del núcleo anatolio, otras desaparecidas hace siglos, como el gótico, y algunas habladas hoy por centenares de millones de personas, como el español, otras por menos de un millón, como el islandés y el galés, y otras a punto de desaparecer, como la lengua de la isla de Manx. (Quedan fuera ciertas lenguas antiguas de filiación no muy segura, como el tracio, el frigio, el ilírico y el albanés.) Todas las lenguas de la tabla, cuál más, cuál menos, han contribuido a la reconstrucción del prehistórico tronco indoeuropeo. (Más que tronco, es una extensa masa de “raíces” descubiertas a fuerza de escarbar en el suelo y el subsuelo de las lenguas indoeuropeas y a fuerza de comparar pacientemente los innumerables hallazgos.)

El parentesco que une a las lenguas romances o neolatinas, hijas del latín, salta a la vista (o al oído), si bien el grado de semejanza que las lenguas hermanas tienen con la nuestra varía mucho: el portugués, por ejemplo, nos es muchísimo más fácil de entender que el rumano. Algo sabemos, además, de la familia de nuestra madre el latín. Sabemos que tuvo una hermana, el falisco, y que la madre de ambas venía de una familia “itálica” a la cual pertenecían también, de alguna manera, el osco y el umbrio o úmbrico (que serían como tías o primas del latín), pero el osco y el umbrio y el falisco no se conocen sino muy borrosamente. Nuestro parentesco con el holandés, y no digamos con el armenio o con el bengalí, es infinitamente más difícil de establecer. Un



hecho es claro: en nuestros días las lenguas indoeuropeas son habladas aproximadamente por media humanidad, y en ellas se escribe mucho más de la mitad de cuanto se imprime y publica en el planeta.

Hay mucho que decir en cuanto a la supervivencia de los materiales indoeuropeos en las distintas lenguas hijas. Desde luego, ninguna de éstas abarca, ni mucho menos, la totalidad de las raíces que se han descubierto. Sin ir más lejos, el español conserva las raíces *ES-* y *STĀ-* en sus verbos *ser* y *estar*, pero el francés no tiene el verbo *estar*. El griego y el inglés, para poner otro pequeño ejemplo, se remontan al binomio indoeuropeo *pāter/māter* para sus respectivas designaciones del ‘padre’ y la ‘madre’, pero sus designaciones del ‘rey’ no proceden de la raíz *REG-*, sino que tienen, cada uno, su historia aparte. Donde se encuentra la mayor concentración de raíces indoeuropeas es en el sánscrito (porque, gracias a la escritura, el sánscrito quedó sacralizado, o sea inmovilizado, a diferencia del prácrito, que es su variante hablada).

Vuelvo al latín. Para un hispanohablante (uruguayo, español, mexicano, lo que sea) no es cosa del otro mundo aprender, si no la lengua madre, sí las lenguas hermanas, y puede ver que la continuidad del español *olor de la rosa* respecto del latín *odor rosae* es exactamente la misma que muestran el portugués (*odor da rosa*), el francés (*odeur de la rose*), el italiano (*odore della rosa*), etc.* Pero si ese hispanohablante aprende también, por ejemplo, holandés y polaco, rara vez tendrá la posibilidad de descubrir conexiones con semejante claridad.

Tanto más impresionante resulta el caso de toda una serie de palabras que no sólo significan hoy exactamente lo mismo que hace 6 000 o 7 000 años, sino que sobreviven en todas las lenguas indoeuropeas, y son los numerales del 2 al 10 (no el 1, que tiene nombres variados). En el cuadro de la página 27 puede verse una muestra. Está primero el tronco original, el reconstruido por los indoeuropeístas; siguen 12 de sus descendientes, comenzando con el sánscrito y el helénico (las formas del cuadro

* Aprender a leer (a leer digo, no a hablar) judeoespañol, gallego, portugués, italiano, francés, provenzal y catalán es, además, fuente de muchas alegrías. Para echarse a leer rumano hace falta mucha paciencia: hay que estar todo el tiempo con el diccionario a la mano.

son las usadas en el griego ático de hace 2 500 años). El ramal itálico está representado por el latín clásico y por el francés. El céltico, por el irlandés antiguo y por el galés. El germánico, por el gótico (lengua muerta) y por el alemán y el inglés. El báltico, por el lituano. El eslávico, por el eslavo antiguo (o “eslavo eclesiástico”) y por el polaco. Al final, como contraste, se añaden cinco lenguas no indoeuropeas: húngaro, turco, náhuatl, vascuence y japonés.

Explicar la pronunciación de las distintas voces, y sobre todo la razón de las diferencias que muestran entre sí, requeriría un espacio enorme. Pero el lector puede observar, por ejemplo, *a*) que el sánscrito no es la lengua que más se parece al indoeuropeo original; *b*) que el griego tiene en su 6 y en su 7 una *h-* en vez de la *s-* del latín y de las demás lenguas indoeuropeas (así también, la *h-* griega de *hemi*, en *hemiciclo*, corresponde a la *s-* latina de *semi*, en *semicírculo*); *c*) que el 9 griego comienza con un “anormal” elemento *en-*; *d*) que el báltico y el eslávico “anticipan” en su 9 la *d-* del 10... El lector puede descubrir nuevos puntos de comparación y llegar por su cuenta a nuevas conclusiones, porque en cualquier hablante de una lengua hay un lingüista en potencia. (El 10 húngaro, *tíz*, se parece al *dix* francés, pero debe ser casualidad. En cambio, no parece casual que el 6 vascuence sea *sei*: debe ser préstamo del español.) La ciencia lingüística nació de la comparación, y en este cuadro hay mucho que comparar.

En resumen, la historia de la lengua española no se inicia hace 1 001 años, sino hace muchos, muchísimos más. Nuestra lengua es el indoeuropeo. Aun cuando a lo largo de los siglos hayamos alterado las palabras, y olvidado muchas y adoptado otras muchas, el núcleo de nuestro vocabulario sigue siendo el mismo. Y no sólo de nuestro vocabulario. Ciertos esquemas básicos de gramática y morfología (por ejemplo los paradigmas de la conjugación: *fui*, *fuiste*, *fue*, *fuimos*, *fuisteis*, *fueron*) son también continuación de los del protoindoeuropeo. Con todas las alteraciones, la continuidad es perfecta.

En comparación con los 100 000 años seguros de la existencia del *Homo sapiens*, los 7 000 del indoeuropeo son poquísimos. Es claro que los hablantes del protoindoeuropeo no crearon de la nada su lengua,

	2	3	4	5	6	7	8	9	10
<i>Indoeuropeo</i>	duō	trei	kwetwer	penkue	sueks	septm	oktō	neuen	dekm
<i>Sánscrito</i>	dvaú	tráyas	catváras	páñca	ṣaṭ	saptá	aṣṭáu	náva	dáśa
<i>Helénico</i>	dúō	treîs	téttaras	pénte	héx	heptá	oktō	ennéa	déka
<i>Itálico</i>	{ duo	três	quatuor	quinque	sex	septem	octō	novem	decem
<i>Céltico</i>	{ deu	trois	quatre	cinq	six	sept	huit	neuf	dix
	{ da	tri	cethir	coíc	sé	secht n-	ocht n-	noí n-	deich n-
	{ deu	tri	pedwar	pump	chwech	seith	wyth	naw	dec
<i>Germánico</i>	{ twai	preis	fidwor	finf	saihs	sibun	ahtau	niun	taihun
	{ zwei	drei	vier	funf	sechs	sieben	acht	neun	zehn
	{ two	three	four	five	six	seven	eight	nine	ten
<i>Báltico</i>	dù	trîys	keturì	penkì	šeši	septynì	aštuoni	devynì	dėšimt
<i>Eslávico</i>	{ dŭva	trije	četyre	petŭ	šeštŭ	sedmŭ	osmŭ	devŭtŭ	desŭtŭ
	{ dwa	trzy	cztery	pięc	sześć	siedem	osiem	dziewięć	dziesięć
	{ kettó	három	négy	öt	hat	hét	nyolc	kilenc	tíz
<i>Lenguas no indoeuropeas</i>	{ iki	üç	dört	beş	alti	yedi	sekiz	dokuz	on
	{ ome	yei	nahui	macuilli	chicuace	chicome	chicuei	chiconahui	matlactli
	{ bi	hiru	lau	bost	sei	zazpí	zortzi	bederatzi	hamar
	{ futatsu	mittsu	yottsu	itsutsu	muttsu	nanatsu	yattsu	kokonotsu	tō

sino que la heredaron, tal como nosotros heredamos la nuestra; su lengua tuvo una madre, y ésta la suya, y así hacia atrás durante milenios y milenios, hasta llegar a una “Eva” lingüística. Aquí nos hallamos en un océano infinito de incertidumbre. Algunos lingüistas del siglo XIX se pusieron a imaginar cómo fue el origen del lenguaje, incitando con ello a otros a imaginar cosas distintas, y hubo disputas tan enconadas —aunque carentes de base—, que en 1866 la Société de Linguistique de París prohibió la presentación de más ponencias sobre el asunto. Pero los grandes avances que se han hecho modernamente en muchos campos del conocimiento —paleontología, antropología, anatomía comparada, genética— le dan no pocas luces al lingüista. Desde luego, la especie zoológica *Homo sapiens* es la única capaz de comunicación mediante esa cadena de símbolos que es el lenguaje articulado (el hombre de Neanderthal no era *sapiens*). El lenguaje obedece a un hábito innato: todos poseemos una red neuronal hecha *ad hoc* para articular y estructurar el lenguaje hablado. Ya no resulta atrevido decir que los millares de idiomas del mundo, al igual que los miles de millones de seres que lo habitan, tienen un origen común.* Monog  nesis en los dos casos. Y así como se ha llegado a una idea clara de lo que es el linaje (*phylum*) ling  stico indoeuropeo, así algunos tratan de agrupar en grandes linajes —familias de familias— todas las lenguas conocidas. Parece un comienzo prometedor. Si alcanzan a quedar definidos unos diez o doce grandes linajes, quizá pueda llegarse algún día, mediante la comparación, a una idea del lenguaje primero. El camino tendrá que ser muy distinto del de los indoeuropeístas, pues lo “comparable” va a ser de naturaleza muy distinta. Sin embargo, hay hechos que pueden hacernos entrever un lenguaje muy anterior a los siete milenios del indoeuropeo.

En las palabras indoeuropeas *p  ter* y *m  ter*, lo único específicamente indoeuropeo es el elemento *-ter*, usado en muchas otras palabras indoeuropeas (tal como el elemento *-ador* es lo único específicamente español de la palabra *esquiador*). El núcleo mismo es anterior al indoeuro-

* La diversidad de lenguas, reflexiona sor Juana en un pasaje del *Primero sueño*, es un espantoso castigo de Dios por lo de la Torre de Babel: a los seres humanos, que tenemos una sola naturaleza, nos hace extraños unos de otros esa diversidad.

peo. Y la prueba es ésta: en incontables lenguas no indoeuropeas el padre y la madre se llaman *pa(pa)* y *ma(ma)* o cosas por el estilo. Las voces *pa* y *ma* están en el origen del lenguaje, y no falta quien diga que son ese origen. Como quiera que sea, el postulado lingüístico de que “el lenguaje de la infancia nos lleva a la infancia del lenguaje” está resultando tan fecundo como el postulado biológico de que “en la ontogénesis se resume la filogénesis”. Los millones de bebés “de habla española” que en estos momentos balbucean su *papa* y su *mama* (o cosas parecidas: *tata, baba, bebe, nene...*) están continuando la lengua de los orígenes.

(No es nada descabellada la idea de que el origen del lenguaje, hace muchísimo más de 100 000 años, es indistinguible del origen de la música, o sea que, en el principio, música y lenguaje fueron materialmente una sola cosa. Esta idea, desde luego, no es “probable”, sino in-probable del todo —o sea indemostrable— con los medios de investigación actuales. Pero bien pueden surgir otros medios en el futuro. Además, siempre ha habido ideas que, sin posibilidad de demostración, tienen la fuerza suficiente para dejarnos totalmente convencidos de ellas: *sabemos* que son ciertas.)